

DESPUÉS DE TI, NADIE

M. J. Sánchez

*Siempre había pensado que el amor era una trampa química
que nos gasta nuestro propio cuerpo, un lío de hormonas que nos
vuelve temporalmente locos y nada más.*

*Este libro está dedicado a Antonio María Cabrera, el hombre
que me ha demostrado que estaba equivocada, y a nuestras hijas,
Sofía y Leonor.*

El amor sí existe.

El animal

Vivir
no es muy complicado
si puedes renacer
después y cambiar varias cosas,
las frivolidades y tanta estupidez.

Mientes,
tú mientes bien.
Cuando te tengo junto a mí
tú me das la razón
y quisiera decirte
que prefiero estar sólo,

Y el animal que yo llevo dentro
no me ha dejado nunca ser feliz.
Me roba todo, hasta el café.
Me vuelve esclavo de mis pasiones,
sin desistir jamás, y nunca espera.
Y el animal que yo llevo dentro te ama a ti.

Dentro
de mí chispas de fuego
y el agua que lo apagará.
Si quieres ver como arde
espárcelo en el aire
o déjalo en la tierra.

(Franco Battiato, *Battiato Collection*)

Madrid, julio de 1867

Las chicharras inundaban la noche con un ruido estridente. Hacía muchísimo calor, de ese calor que hace en Madrid algunos años; una manta sofocante, pegajosa, que sólo consigue despejar alguna tormenta ocasional.

Las puertaventanas de la biblioteca estaban abiertas al jardín, pero no corría ni una gota de aire.

Luis alzó lentamente la vista del libro que intentaba leer y suspiró, enjugándose un hilillo de sudor que se le deslizaba por el cuello. La penumbra dominaba la atmósfera cargada. Sólo interrumpía la oscuridad la luz dorada de un quinqué en la esquina del pesado escritorio de nogal, y la de otro que reposaba sobre la repisa de la chimenea apagada.

El hombre se levantó del sofá, donde intentaba relajarse inútilmente y anduvo lentamente hacia las puertaventanas que dejaban pasar el denso aroma de las damas de noche y los jazmines en flor. Estaba en camisa, una brillante mancha blanca que destacaba con claridad contra la oscuridad. Era corpulento y de espalda muy ancha, y la amplia prenda resaltaba la dura musculatura. Encima sólo llevaba un chaleco ligero color gris perla, abierto como la camisa, que dejaba al descubierto una amplia superficie de piel morena cubierta de un suave vello negro. Los pantalones negros, ajustados, abrazaban estrechamente las piernas y desaparecían bajo unas lustrosas botas negras. La corbata de seda descansaba, arrugada, sobre el respaldo del sofá.

Había regresado tarde de un banquete muy interesante en Lhardy, el cenáculo político de moda donde los comensales habían desgranado los últimos cotilleos. El régimen de Isabel II agonizaba. Ningún gobierno perduraba más allá de un par de meses y por todo Madrid se extendían las noticias de esa conspiración que todo el mundo sabía que estaba en marcha.

Luis se acercó hacia el cristal de la puerta entreabierta y apoyó la frente en él buscando algo de frescor. El denso pelo negro relució bajo la luz de la luna, que también se reflejó en sus pupilas oscuras, lanzando destellos incandescentes.

Estaba saciado. Arriba dormía su última amante, Claudia, de la que se había alimentado regularmente en los últimos tiempos. Era una moza guapa, de formas rotundas, entrada en carnes, con una salud a prueba de epidemias y unas carnes rosadas y muelles llenas de hoyuelos. Había conseguido acostarse con ella sin atizar con eso su otra hambre, mucho más peligrosa.

Porque él era un vampiro, uno de una estirpe muy antigua y necesitaba beber sangre a menudo. Del mismo modo que un enfermo sobrevive sólo tomando sus medicinas y rezando a Dios, sólo que él no rezaba. Era una criatura maléfica, nacida de una

maldición y vivía alimentándose de seres humanos, condenado a existir para siempre.

Bajo el pesado manto de la noche resonaban los chirridos y crujidos provocados por los pequeños animales del amplio parque de la mansión. Estaba todo tan lleno de vida... Percibía un pulsar hondo en las calles, en el aire cargado de la noche, el de miles de corazones caminando a ritmo sincopado hacia ninguna parte. Todos se detendrían ante la muerte, todos menos el suyo. Él seguiría atado al corazón indiferente que le impulsaba día tras día. Y sin embargo, estaba muerto o eso decían las leyendas.

La sangre no le daba la vida, sólo la inmortalidad, porque no se podía llamar así a esa ajetreada fugacidad camino de la nada. Eso no lo salvaba a uno de la muerte del alma.

Alzó la mirada de los insondables ojos negros y la clavó en la azulada penumbra que antecede al alba. Tenía muchos siglos a la espalda, pero no estaba vivo. La paradoja era que toda aquella gente que recorría las calles, con sus afanes y su ajetreo, estaba casi muerta ya, teniendo en cuenta el poco tiempo que les quedaba.

Volvió la mirada hacia el cuadro que siempre le había acompañado, ¿cuánto tiempo?, no podía recordarlo bien. Los recuerdos tendían a confundirse en su mente, pasadas un par de décadas. La superficie tersa le devolvió una mirada cristalina, serena; una sonrisa llena de paciente dulzura. La eternidad de la belleza. La única eternidad que siempre le había acompañado.

Amanecía y pronto vendría un día más. Y volvería a sentir esa sed inexorable, porque lo mismo que los demás humanos se afanaban de una forma absurda de un lado para otro, él vivía pendiente de esa sed abrasadora que no cesaba nunca, de esa muerte que tampoco llegaba, de esa sinrazón que era lo único que le quedaba en común con los humanos.

Deslizó las yemas de los dedos suavemente por el cristal, dejando un leve rastro de humedad. El vaho se secó rápidamente y la huella desapareció. Suspiró, y cuando fue a darse la vuelta, alguien golpeteó ligeramente la puerta cerrada de la biblioteca.

—¡Adelante!—ordenó con voz grave, autoritaria.

La puerta se abrió lentamente y entró un hombre alto, muy delgado, con una palmatoria en la mano y vestido con un camisón blanco y un gorro de dormir.

—Señor...

—¿Sí, Carmona? ¿Ha pasado algo?

—Señor, es Jiménez, el guarda de la puerta. Dice que está ahí el carruaje del señor marqués de Salamanca y que pide entrar.

—¿Ahora?—inquirió sorprendido.

El mayordomo reprimió un encogimiento de hombros. Había nacido en la casa de don Luis, marqués de la Alcudía, al igual que su padre, su abuelo y toda su parentela. Todos procedían de un linaje de familiares del vampiro, al que servían desde hacía muchas

generaciones. A él no le extrañaba nada lo que sucediera por la noche en esa casa, así que no entendió muy bien la sorpresa del marqués.

—Dadle paso, Carmona, y tráemelo luego aquí.

El mayordomo asintió y cerró la puerta con suavidad.

Había hecho muchos negocios con José de Salamanca, uno de los hombres más ricos de la época, ministro de Economía varias veces, fundador del Banco de Isabel II, germen del Banco de España; pero también impulsor de la Bolsa, banquero y propietario de algunas de las primeras líneas de ferrocarril españolas, además de un coleccionista compulsivo de obras de arte. Sin embargo, eso no había impedido que se hubiera arruinado varias veces y que su vida fuera una sucesión de azarosas aventuras de todo tipo. Por ello, el novelista Alejandro Dumas le había apodado «el Montecristo español».

Sonrió entre dientes. El vivaracho malagueño, que jamás había reparado en juergas, líos de faldas y francachelas, ahora vivía unos momentos difíciles tras la muerte de su esposa, doña Petronila. Había vuelto a arruinarse, pero esta vez, teniendo en cuenta el estado de la economía del país, no era de extrañar. Para pagar algunas deudas había vendido unos cuadros de su espléndida colección de pintura. Luis se había hecho con unos cuantos, que guardaba en su hôtel de París, en la misma rue de la Victoire donde residía el marqués.

Cuando entró, Luis ocultó su reacción lo mejor que supo. Apenas se habían visto en París, durante los días de la subasta, y no había podido apreciar el estado de postración en que estaba su amigo. Venía tan atildado como de costumbre, pero lucía unas profundas ojeras y un aspecto de derrota inaudito en él.

—José, ¡cuánto me alegro de verte! —exclamó y avanzó hasta él.

El marqués esbozó una sonrisa vaga y circunspecta muy lejos de su habitual estilo chispeante. Había engordado mucho en los últimos tiempos y parecía abotagado y distante.

—No son horas, amigo mío, lo sé, pero también me consta que en tu caso eso no es problema.

Luis asintió una vez con la cabeza y le indicó el sofá para que se sentara.

—¿Quieres beber algo?

—¿Más? —preguntó él a su vez con un encogimiento de hombros.

Luis soltó una breve carcajada.

—Pues yo sí beberé algo. —Se volvió hacia una licorera y se sirvió una copa generosa. Con ella en las manos se dirigió lentamente hacia el visitante—. No te vi hoy en Lhardy.

José de Salamanca cerró las manos sobre su prominente barriga y se las observó unos segundos antes de alzar la cabeza.

—No. Me quedé en casa con mis hijos. Josefa y Fernando aún no se acostumbran a la ausencia de su madre y yo hago lo que puedo por acompañarlos y darles consuelo.

Ambos guardaron un silencio apenado mientras recordaban a Tolita, la dulce esposa del marqués.

—Y tú, ¿cómo lo llevas? —inquirió el vampiro.

—Bueno —suspiró el hombre—, unos días mejor y otros peor. Se me hace difícil no verla. Ahora lamento... —Se detuvo, volvió la cabeza y se quedó mirando hacia la ventana, perdido en sus pensamientos, mientras se mordía los finos labios.

Luis lo observó cuidadosamente mientras daba un trago a su bebida. El bueno de José no sabía lo que era perder a alguien y tener toda una eternidad para necesitarlo, y sufrir la doble muerte de llegar a olvidarlo también. Se bebió toda la copa de un trago y acto seguido se dirigió al decantador para rellenarla de nuevo.

Cuando se dio la vuelta, el marqués observaba ensimismado el cuadro de la Madonna, de Filippo Lippi, que tenía apoyado descuidadamente sobre la repisa de la chimenea, alumbrado por la luz tenue del quinqué.

—¿Me sirves una copa? —pidió sin apartar los ojos de la pintura.

El vampiro le alargó una copa mediada con un líquido de color dorado.

—Excelente escocés —comentó al probarlo—. No pierdes las buenas costumbres.

Luis se rió entre dientes.

—Y tú no has perdido el gusto.

El marqués le guiñó un ojo y durante unos segundos pareció el divertido sinvergüenza de siempre.

—Hay cosas que no se olvidan. —Luego alzó la copa y señaló en dirección al cuadro—. Un bellissimo Lippi, por cierto.

El vampiro lo miró con una expresión afectuosa en el rostro.

—Lo sé.

—¿Cuándo lo compraste? —preguntó con la curiosidad retratada en la voz.

Los ojos oscuros relumbraron de forma casi sobrenatural en la semioscuridad.

—¿De verdad quieres saberlo?

José de Salamanca se estremeció.

—Me dirás que se lo compraste al pintor y yo me retorceré entre la envidia y el espanto, así que de momento mejor nos ahorramos la escena.

Luis se echó a reír de buena gana.

—Eres incorregible, José, ¿lo sabes?

El hombre suspiró y bebió un largo trago de su copa.

—No sabría qué decirte. Últimamente no parezco yo mismo... —Luego pareció reunir fuerzas y se dirigió de nuevo a él, en un tono de conversación casual—. ¿Quiénes estaban en Lhardy?

—Buena parte de tus colegas de la Bolsa, Ignacio Bauer entre ellos, creo, Gabriel Alcalá...

Él alzó la mirada rápidamente, interesado de repente.

—¿Qué hacía ahí esa lagartija?

El vampiro se envaró.

—Es mi ahijado, Salamanca. No puedo consentir que...

El hombre sacudió la cabeza, abatido.

—Perdona, lo sé, lo sé —le interrumpió—. Sé cuánto querías a Javier Alcalá, ese hombre ejemplar, y a doña Águeda, su mujer. También sé que te sientes responsable de sus hijos, con esos extraños nombres de arcángeles; tampoco tengo nada en contra de la pequeña Beatriz, Dios me libre. Pero Gabriel... aun sabiendo que es como un hijo para ti...

—¿Qué? —exigió el vampiro, con voz fría.

El marqués giró la cabeza hacia la puerta, como valorando la idea de levantarse e irse.

—No me vengas con evasivas a estas alturas, Salamanca. ¿Qué ha pasado?

El hombre suspiró derrotado, y observó el líquido que quedaba dentro de la copa antes de acabarla de una sola sentada.

—He venido a pedírtelo, precisamente, pero no conseguía reunir fuerzas suficientes...

—Pedirme, ¿qué?

Luis dejó la copa sobre la mesa del escritorio y se acercó al sofá, donde Salamanca se había sumido de nuevo en la contemplación del cuadro.

—José —insistió, con una voz suave y afectuosa, que contrastaba con su aspecto adusto—, dime qué ha pasado.

—Tiene buena parte de las hipotecas de las casas del proyecto de mi colonia de Madrid. Aunque no es él único, claro está. Las está usando para presionarme en algunos negocios.

El vampiro no tuvo que hacer memoria. Las ingentes necesidades de dinero para la construcción de dos barriadas de casas en Barcelona y Madrid —los Elíseos, y la que la gente conocía por su propio apellido, Salamanca, respectivamente— se habían comido buena parte de la enorme fortuna del empresario. Prácticamente se había arruinado el año anterior y para poder subsanar el bache, había vendido doscientos de la magnífica colección de mil cuadros que tenía repartida en varias propiedades. Se acuclilló delante de él, le quitó la copa de la mano y volvió a rellenársela. Luego se la ofreció de nuevo y Salamanca elevó la mano mecánicamente para cogerla.

—Le impediré que las ejecute, José, no tienes que preocuparte por eso. Me alegro de que me lo hayas contado... —Hizo una pausa y luego continuó, con la voz algo vacilante—. Gabriel no es tan terrible como parece, sólo es...

El hombre no apartó los ojos de la pintura.

—...despiadado, insensible, ajeno a todo tipo de compromiso... —añadió con una aparente indiferencia en la voz.

Luis bufó irritado.

—Ellos no son como tú —continuó el marqués, que le dedicó una mirada fugaz mientras bebía un trago—. Ellos son lo que tú... lo que vosotros...

La mirada del vampiro se congeló, lanzando múltiples destellos diamantinos en la oscuridad.

—Dilo.

Salamanca negó con la cabeza.

—Yo soy igual que ellos, José. Es sólo que Gabriel... —intentó explicar, pero el marqués alzó la mano y lo detuvo.

—Tú no has dejado de ser humano. Probablemente porque no puedes. —Se encogió de hombros—. Desconozco los motivos de su falta de la más elemental... —Vaciló buscando la palabra, hasta que la final la encontró—... hombría. Claro, que no la necesitan, no son hombres; ni él, ni Bauer ni los que son como ellos. Tú eres distinto. A pesar de esa extraña naturaleza que acarreas contigo, posees más humanidad en tu dedo meñique que todos ellos juntos. —Levantó la copa—. Por eso he venido a estas horas a beberme tu escocés y a pedirte ese favor por mis hijos; un favor que no sé si podrás...

Luis lo detuvo.

—Me marcho la semana que viene a París, José, pero en lo que respecta a Alcalá, me aseguraré que se cuide de no perjudicarte. Él sabe que debe obedecerme y lo hará. Quédate tranquilo. De los demás nada puedo decirte...

José de Salamanca le miró a los ojos.

—Pase lo que pase, jamás dejarás de ser un hombre, Luis.

El vampiro enfrentó su mirada con una mueca cínica.

—No te equivoques. He hecho mucho dinero a tu lado, hemos compartido muchas vicisitudes y a la larga volveremos a hacerlo... Cuando tú no estés, lo haré con tu hijo, como lo he hecho con los Rothschild generación tras generación. Es nuestra forma de movernos a través de los siglos, no quieras ver en ello algo que no es, aunque algunos de nosotros, como Gabriel, no lo entiendan...

El marqués dejó la copa aun sin terminar sobre la mesa auxiliar que había delante del sofá.

—Déjalo, Luis —le sonrió con suavidad, como a un amigo íntimo, el día de su despedida—. Sé que harás por mí lo que puedas antes de marcharte y de que todo esto estalle, tal como tú y yo sabemos con certeza que sucederá antes de un año. Esos vocingleros de Lhardy seguramente no lo sepan, pero tú y yo, sí. —Inhaló un gran trago de aire—. Ya he buscado la forma de asegurar el futuro de mis hijos en el extranjero aunque caiga mi gran valedora, la reina Isabel.

El vampiro miró automáticamente hacia la puertaventana abierta.

—Vamos, José, no vayas diciendo eso por ahí. Marfori, el gobernador civil, está empleando toda clase de torturas con gente que ha dicho menos que tú esta noche. Sé prudente, por el amor de Dios...

José de Salamanca abatió la cabeza y luego la alzó de nuevo.

—Nada de eso importa ya, Luis, nada... Tampoco tiene que ver con una reina que se ha equivocado en todo, más aún de lo que hicieron sus padres, que ya es decir; porque mira que tanto Fernando VII como María Cristina cometieron errores. Ya me da todo igual. La partida ha terminado.

—José, por lo que más quieras, no te busques la ruina...

El hombre le miró con ojos tristes.

—Hace muchos años, cuando yo era muy joven, dejaron entrar a una vieja gitana para que leyera la buenaventura en una fiesta. Como los demás, me dejé arrastrar al juego de moda pero me dijo algo que, por algún motivo, no he olvidado nunca y ahora tengo cada vez más presente: «Vas a subí mu arto», me susurró al oído, «pero comensará a bajá er día que te encuentres solo».

Luis se quedó sin palabras y se abismó en la contemplación de los ojos sabios y resignados de Salamanca, donde leyó la misma condena que en los suyos.

El hombre se puso en pie trabajosamente y se dirigió con lentitud hacia la puerta de la biblioteca. En el último momento se volvió, y haciendo un gesto con la mano hacia el cuadro, susurró:

—Espero que ella no te abandone nunca y sea suficiente compañía.

Luego salió.

No volvió a verlo después. Nunca más.

PRIMERA PARTE

1

Tenía treinta y dos años.

Elena Medina se masajeó con mano experta los pómulos para darle algo de color a la piel traslúcida, bajo la cual se deslizaban sinuosos los surcos azulados de las venillas. Siguió el borde duro del hueso con la punta de los dos dedos índices hasta hacerlos confluír a los lados de la nariz, justo debajo de los ojos, donde unas sutiles ojeras empezaban a dibujarse. Fascinada, continuó deslizando el dedo hasta llegar al vértice exterior del ojo.

Una pequeña y diminuta arruga, el primer testigo del paso del tiempo. Comenzaba la cuenta atrás. El contador infatigable comenzaba a consumir segundos de forma imparable.

Suspiró. No entendía por qué llevaba tanto rato reflexionando con melancolía delante del espejo. En realidad todo iba bien. ¿O no? En el trabajo, pese a todo, las cosas funcionaban.

Sin embargo...

Ahí estaba la imagen acusadora del espejo, recordándole que el tiempo pasaba sin remedio, que las oportunidades y las ocasiones se iban agotando y que lo que no hubiera ocurrido ya, a lo mejor no iba a llegar a suceder. Recordándole que a pesar de que todo estaba en orden, eso no quería decir que fuera suficiente.

Suspiró profundamente y se pasó las manos por la cara. Había dormido muy poco. Debía terminar el proyecto, claro. Alzó la cabeza y se sacudió la melena trigueña y rizada con energía. Le caía ya hasta mitad de la espalda y aunque era un engorro ponerla en orden y no parecer una loca desatada con los pelos tiesos, le daba pena cortárselo. Era lo único femenino que le quedaba, puesto que había trabajado a conciencia una imagen lo más masculina posible. Trajes sastre, ningún complemento, cero maquillaje. Sólo sucumbía a la tentación del perfume, al que era casi una adicta, pero todo lo demás, incluida la expresión concentrada y decidida de su rostro, eran puntales que Elena había puesto a su carrera. Parecer mujer en un mundo competitivo, más que inducir a la compasión, invitaba a la burla, como dolorosamente había aprendido en los comienzos de su andadura profesional.

Bostezó y se estiró con perezosa lentitud. La imagen del espejo repitió el movimiento al revés, mostrando el cuerpo redondeado, pequeño, de formas delicadas, con pechos redondos y abundantes y caderas marcadas que tan poco le gustaba, porque le daba sensación, junto con su escaso metro setenta, de ser una chica de pueblo, basta, sin esas piernas largas ni esa gracia estirada de las chicas de ciudad. Gruñó disgustada. El gimnasio había conseguido endurecerle las formas, pero las redondeces seguían donde estaban, impertérritas. Esta noche volvería a cenar

un yogur y una manzana. Algún día les vencería la partida y podría conseguir su sueño de ir a la tienda de Calvin Klein con el dinero que iba guardando en una cajita de la cómoda a comprarse un vestidito negro de esos que le gustaban tanto, pero donde no cabían ni de lejos todas sus curvas.

Volvió a acercarse nuevamente al espejo. Sí, ahí seguían esas odiosas marcas. Sin embargo, la mitad de las mujeres que conocía habrían matado por su piel transparente, blanca, de textura cremosa, por sus ojos grandes y verdes, y por su nariz proporcionada. Ya estaba bien de pensamientos absurdos.

Relajó las manos y los ojos y volvió a mirar la imagen del espejo. Era Elena, la misma Elena Medina de siempre. Nada había cambiado en ella, ni siquiera estas disquisiciones ridículas, infantiles, de berrinche de princesa o de adolescente malcriada. Mejor prueba de que el tiempo no pasaba no podía haber.

Sonrió al espejo y se dio la vuelta. No tuvo que dar ni un paso para coger el albornoz. Le había dado un poco de frío. El cuarto de baño de su apartamento era tan diminuto como se podía esperar de un piso de una gran ciudad y en pleno centro. Era su mayor orgullo, pese a los pocos metros, ya que con lo que había ganado de algunos de sus trabajos más prestigiosos había reducido considerablemente la hipoteca. Era un gran triunfo, sin duda, haber conseguido tanto a sus años, aunque había peleado muy duro y seguía haciéndolo. Sonrió entre dientes. Así es como hay que empezar el día, con pensamientos positivos, y no deprimiéndose por chorradas.

Se ató el albornoz de vivos colores que se había comprado el año que viajó a Marruecos con Sofía y luego se volvió de nuevo al espejo. Le estaba un poco grande, de hecho casi se perdía en él, pero le abrazaba afectuosamente con su tacto gastado. Alzó los brazos y se puso a trenzar el pelo con pericia. Una vez que tuvo entre las manos una trenza bien prieta la enroscó en la nuca y la sujetó con ganchillos. Unos mechones rebeldes le enmarcaban el rostro, pero no le importaba. Hoy no tenía ninguna reunión importante y no necesitaba sacar el fijador para mantener todo el día el peinado impoluto. Se volvió a mirar los dientes, estirando la boca, y se pellizcó enérgicamente las mejillas para darles un poco de color. Luego salió del cuarto de baño y se paró en la puerta.

El salón estaba hecho un desastre, como de costumbre. Tendría que llegar tarde a trabajar para dejarlo medio decente. Era una habitación alargada, grande, lo único grande del apartamento, con dos grandes ventanales en uno de los lados mayores y en el otro, las puertas de acceso a la cocina y al baño. En un extremo, la puerta del dormitorio, y en el otro, la que daba al diminuto vestíbulo y a la puerta de la calle. En total, poco más de sesenta metros, pero suyos. Lo único verdaderamente suyo en el mundo. Suspiró satisfecha y se puso a colocar de forma ordenada los cojines que se habían caído del sofá. Entre los dos ventanales se encontraba el

mueble de la televisión y, delante, un amplio sofá marrón oscuro, que le había costado un gran sacrificio comprar, pero que, al fin, también había conseguido.

No le había ido tan mal, para ser una chica de provincias que había llegado a Madrid con su título debajo del brazo y unas ganas infames de comerse el mundo. Después de todo, podía decirse que de algún modo lo había conseguido.

Sonrió para sí misma y se apresuró a terminar de arreglar su casa.

Su casa, caramba, qué bien sonaba.

Cantando entre dientes voló por la habitación mientras listaba mentalmente las cosas que tenía que hacer al llegar a la oficina.

Mal día. Elena estaba harta ya del jefe de las narices, harta de las medias, los tacones, la falda... Y sólo tenía media hora para el café antes de volver a enchufarse al puñetero ordenador. Ese maldito informe no parecía terminarse nunca. Giraba la cucharilla en la taza sin ver realmente, pensando si le apetecía o no un cigarrillo, sin saber cuántos llevaba ya esa mañana.

Elena meditaba sobre la taza del café y sin darse cuenta ya tenía otro cigarrillo encendido entre los dedos. Enfundada en un traje sastre azul y una camisa de suave poliéster blanco —una correcta imitación a seda—, tenía un aspecto delicado y a la vez duro, esa combinación de frialdad y vulnerabilidad que resultaba tan chocante en un trabajo que habitualmente desempeñaba entre hombres. Evaluar patrimonios artísticos que valen millones de euros no es una ocupación de chicas, como le recordó un día un viejo aristócrata arruinado, y tampoco, dirigir un equipo de expertos. Todavía recordaba la indignación que la sofocó hasta dejarla sin palabras y cómo el viejo verde se burló de su impotencia en la sala de reuniones ante la mirada burlona y desagradable de Ceballos.

No era extraño recordar eso en este día tan malo. Miró distraída por la ventana mientras aspiraba el humo, deleitándose lentamente en su sabor acre. Encima había empezado a llover, y no conseguía recordar si había recogido la ropa que había tendido el día anterior. Debía entregar el maldito informe esa mañana a primera hora, y eso la había tenido en pie hasta bien entrada la madrugada, aun sabiendo que el cabrón del jefe lo cogería con mirada indiferente y lo pondría a un lado de la mesa, donde no le echaría una ojeada hasta dentro de una semana. Y mientras su ropa estaba tendida bajo este tremendo chaparrón, chorreando, aunque, la verdad, por un poco más de agua...

Suspiró, mirando sin ver el café, con la mente casi en blanco. Y lo presintió, más que percibirlo realmente. Había allí al fondo del bar, acodado en la barra, un tipo que no la perdía de vista. No lo había visto antes. Sólo faltaba ya esto, un pesado de mierda con

ganas de ligue. Se había levantado y se dirigía hacia ella. Elena se cruzó de brazos y vació la mirada, dejándola muerta e inexpresiva.

Volvió la cara ligeramente hacia él, anticipando la frase «¿Me das fuego?». Sin decir nada, le encendió el cigarrillo. Buen día había escogido ése. Qué suerte nacer hombre, pensar que un buen polvo de vez en cuando puede hacer que la vida siga sin problemas. Lo miró de refilón, con cara de malas pulgas. Sin embargo el tío se había vuelto a su sitio en la barra. Se encogió de hombros; después de todo lo mismo se había quedado sin fuego y nada más. O era de los que van de dominadores... Volvió la mirada a la cristalera que daba a la calle, donde se estrellaban con fuerza las gotas de lluvia, nuevamente con la imagen del jefe en la mente: «vaya, qué buenas piernas tienes, Medina, chica, a ver si las enseñas más y nos das una alegría».

Qué harta estaba ya. Y qué pocas expectativas de cambio, qué poquitas. Con el buen ánimo con el que se había levantado, pensó Elena, había que ver cómo se le había chafado la cosa. Absorbió el humo del cigarrillo con avaricia. Quizás algún día las cosas cambiarían; quizás algún día podría decirle a uno de la oficina: «vaya, X, qué buen culo tienes, chaval, a ver si traemos los pantaloncitos ceñidos más a menudo». No pudo evitar la sonrisa torcida que le salió. Joder, eso sí que tendría gracia...

Por eso no lo vio venir, ni sentarse a su lado, y la pilló por sorpresa.

—¿Puedo sentarme un rato con usted?

La sonrisa segura fue lo que más le indignó. Menudo patán. Le echó una ojeada somera. La cara le recordó a un actor que llevaba el mismo pelo artificialmente revuelto. Seguro que el gilipollas se lo hacía cortar igual. Miró nuevamente hacia la calle, no dejaba de llover y no le apetecía mojarse, aún tenía quince minutos. Dio otro sorbo al café, como si no hubiera oído la pregunta, soltó la taza y se giró, cargada de resignación.

Lo primero que le sorprendió fue la mirada. Las pupilas eran de un color tan claro que casi no se veían, ¿grises? Tenía una mirada perturbadora, vacía, fría, de ésas que no sonrían y te encogen las tripas. Por el contrario, su boca sonreía con dulzura, como sonrían los buenos chicos, con un relampagueo de dientes muy blancos.

Elena se sobrepuso y contestó con voz segura y algo aburrida.

—¿No tiene nada mejor que hacer? No me apetece compañía.

Él había girado la cabeza para soltar una andanada de humo por la nariz y se volvió lentamente para encararla, con esa sonrisa tranquila en su rostro, esa sonrisa estúpida.

—Hace un mal día, estaba ahí solo y me he acabado el periódico.

Ella lo miró con cara hosca. Detectó un ligerísimo acento extranjero en su voz, tan ligero que le dieron ganas de volverlo a escuchar para asegurarse. Se llamó mentalmente imbécil.

—Pues mira, mala suerte, chaval —dijo acentuando la palabra con socarronería—, casi mejor te compras otro.

Miró el reloj, cogió la cartera, se estiró maquinalmente la falda y salió a la calle. Ahora diluía. Qué mal día, por Dios. Miró para ver si podía guarecerse debajo de alguna marquesina hasta llegar al semáforo. La puerta del bloque de oficinas estaba justo enfrente, sólo tenía que dar una carrerita y listo. Estaba verde, en cuanto se pusiera en rojo... Justo ahora, encogió los hombros y salió a la calle, pero en vez de notar el impacto de las gotas, lo que sintió fue una presencia a su lado y un paraguas oscuro. El imbécil del periódico.

—Oiga, mire, no me...

—Tiene el tiempo justo para llegar a la puerta de su oficina, no se pare.

Ella lo miró con los ojos abiertos por la sorpresa, alarmada, sin saber qué hacer. El tío seguía sonriendo como si no pasara nada, y la empujó ligeramente con el codo. Ella se apartó decidida y comenzó a andar deprisa, con el tipo al lado andando con zancadas largas y seguras. Al pasar el semáforo, ella se paró en seco y él continuó hasta la entrada de la oficina. Tuvo que echar a correr para no mojarse mientras él abría la puerta.

Estaba asustada, así que se fue directa hacia Herminio, el portero, sin atreverse a mirar a aquel sujeto tan raro. Se giró disimuladamente hacia la puerta pero ya no estaba.

Elena espiró el aire de golpe. «Cojones, ¿quién será el tipo ese?, qué susto, a ver si va a ser uno de esos psicópatas de los ascensores», pensó. Herminio le estaba diciendo algo y ella asentía maquinalmente mientras buscaba el paquete de kleenex. ¿Cómo sabía dónde trabajaba? Tuvo que haberla visto salir antes cuando fue a tomarse el café, claro... Respiró algo más tranquila, pero con un extraño retortijón en la boca del estómago.

Qué día más horrible, sólo le faltaba llevarse un susto. ¿Por qué los tíos no se dedican a las tías buenas y dejan a las demás en paz? Siguió sonriéndole a Herminio mientras miraba disimuladamente hacia la puerta del ascensor para cerciorarse de que el tipo no estaba allí. Luego, casi dejando al portero con la palabra en la boca, dio una carrera hasta el ascensor y se metió dentro de un salto. Incidente olvidado. Respiró hondo varias veces para recomponerse mientras los pisos se sucedían en el contador. Piso quinto.

Se encogió de hombros y fue a sacar un cigarrillo, pero recordó de pronto que estaba prohibido fumar en el ascensor y casi prácticamente en todos los sitios menos en el refugio seguro del bar de la esquina. Lo que más le molestaba era que alguien hubiera turbado el único sitio donde podía refugiarse por unos momentos de

la mierda de todos los días. Resopló furiosa, volvió a tirar de la falda y la chaqueta, y se sacudió lo que parecía una mancha y sólo era una arruga. Las puertas se abrieron al llegar al piso séptimo.

Elena salió disparada hacia la entrada de la oficina y se metió en tromba, sin pararse a saludar a Sofía, la recepcionista, pasando por delante de ella con una sonrisa ligera y un ademán de la mano. Ésta hizo un gesto para detenerla que ella no vio. Abrió la puerta de su oficina, el cuartito de la esquina, modesto y acogedor, y allí estaba él, sentado en la silla de los clientes, todavía con la misma sonrisa, pero ahora con las gafas de sol puestas. Su jefe lo miraba con cara desconfiada, pero deferente, señal de que había dinero por medio. El tío del bar. Quien había pensado que no lo volvería a ver.

Se le cayó el alma literalmente a los pies.

El despacho de Elena era uno de los restos descuadrados de la planta donde se encontraba su empresa, el que estaba más cerca del ascensor. «General de Patrimonios» había empezado hacía veinte años como una aventura exótica del padre de su jefe, Adrián, pero con el tiempo se había ido consolidando en su campo, la restauración y el peritaje de obras de arte, como una de las empresas más respetadas del sector. Elena se sabía una privilegiada por haber conseguido entrar en ella, a pesar del horario de trabajo esclavo al que se veía obligada.

Pero lo cierto es que casi ninguno de los compañeros de su promoción de Historia del Arte trabajaba en algo relacionado con la disciplina. Los que más cerca habían llegado languidecían rodeados de adolescentes descarados en algún instituto de la periferia. Seguramente había influido el máster de Peritaje y Restauración que había hecho con gran sacrificio, propio y de sus padres, en una prestigiosa universidad privada. En resumidas cuentas, a pesar del cansancio y de los horarios abusivos, había tenido suerte.

Pensó en eso mientras se acomodaba en su sillón. Adrián se lanzaba a un entusiasta canto laudatorio de sus virtudes y de su eficacia mientras ella se quitaba la chaqueta y la colgaba de la percha, acomodaba el bolso en el cajón inferior del archivador, se sentaba sin apartar los ojos de la mesa y preparaba su cuaderno de notas. Sintió sobre sí la mirada del hombre como si tuviera peso propio, como si fuera un pesado manto, helado y sofocante a la vez. Comprobó que el ordenador estaba apagado y acabadas todas las excusas y dilatado todo lo humanamente posible el tiempo que podía eludir atender al cliente, se volvió hacia él.

Las gafas de sol ocultaban sus extraños ojos, pero esto no ayudaba a hacer más tranquilizador su aspecto. Era un muy alto, de aspecto atlético, piel muy blanca y ropa cara. Los zapatos, por los que Elena sentía debilidad, eran italianos. El pelo revuelto era de un

tono rubio dorado y lucía un corte perfecto, de peluquería de estilista. Sin embargo, algo indefinible en su apariencia, enérgica y autoritaria, eliminaba la sensación de ser un hombre blando, abandonado a la preocupación de la moda y sus sutilezas. Elena más bien lo veía capaz de arrancar cabezas. Se estremeció, pero alzó la barbilla y se enfrentó a aquel hombre con la sonrisa más segura que pudo encontrar en su repertorio.

—Muy bien, señorita Medina, le presento a don Gabriel Alcalá de la Moneda. —El «don» sonó casi como un título nobiliario—. Estoy seguro de que podrá hacerse cargo del trabajo que nos trae. Le dejo con una de nuestras mejores profesionales, señor Alcalá.

Gabriel asintió con la cabeza y acentuó la sonrisa, hasta que aparecieron dos juguetones hoyuelos a ambos lados de la boca.

—Estoy seguro, señor... —dudó de forma teatral.

Adrián se apresuró a completar la frase.

—Ceballos, Adrián Ceballos. Le diré a mi secretaria que le pase mi tarjeta por si necesita algo. Elena, les dejo para que le atienda.

Guiñó un ojo a Elena por encima de la cabeza del cliente, y ella tuvo que reprimir la cara agria que se le ponía siempre con esas tonterías infantiles de su jefe. Le odiaba, y nadie sabía cuánto. Carraspeó y reuniendo fuerzas como si fuera a aprestarse a un combate, se dirigió al hombre que tenía enfrente.

—Usted dirá, señor Alcalá.

—¿Puedo fumar?

Sin esperar la contestación, sacó un cigarrillo de una pitillera de piel negra que llevaba en el bolsillo y lo encendió con un encendedor a juego. Lo hizo todo con lentitud deliberada. Elena tragó saliva.

—No se puede fumar en la oficina.

—¿Los clientes tampoco?

Elena suspiró.

—Los clientes tampoco. Pero mi jefe me matará si le digo que lo apague. Fume usted, si quiere. ¿Le importaría que entráramos en materia?

Gabriel chasqueó la lengua.

—¿Es necesario que sea tan seca? Ya somos viejos conocidos. —Sonrió al añadir esto.

Elena se envaró en su asiento.

—Suelo utilizar un tono formal con los clientes, señor Alcalá.

—No me pareció tan formal en el bar de la esquina —dejó caer con su voz grave y un innegable deje burlón—, ¿señorita... Medina?

Elena clavó la mirada en los cristales oscuros, que no dejaban traspasar ni siquiera una imagen borrosa de aquellos ojos inquietantes. Estaba lloviendo y la oficina tenía una ventana pequeña que apenas iluminaba la habitación, así que no entendía por qué tenía puestas las gafas de sol. Llevaba la sonrisa clavada

en la cara y fumaba despacio, expulsando el humo con lentitud y pronunciando todas las palabras de forma deliberada, con aquel ligero acento extranjero.

—Señor Alcalá...

—No me gusta fumar solo —la cortó con sequedad—. ¿Aceptaría un cigarrillo?

—Los empleados no podemos fumar en horas de oficina.

El tipo aquel volvió a chasquear la lengua. Guardó con parsimonia la pitillera y el encendedor y siguió mirándola entre las nubes azules del humo del cigarrillo. Era olor un poco mareante, como de una marca turca, egipcia o algo así. Elena aspiró el aroma y contuvo sus deseos desesperados de encender uno.

—Parece muy joven, señorita Medina.

Hizo esta afirmación en un tono ligeramente desaprobatorio.

Elena estaba empezando a perder los estribos.

—Mire usted, señor Alcalá. Esta empresa suministra servicios de peritaje y restauración de obras de arte. No somos la única compañía del sector, pero no piense que somos la última, ni que aquí admiten a cualquiera. No me preguntaron mi edad para entrar, sino que evaluaron mi capacidad para hacer mi trabajo, y puedo asegurarle que lo hago muy bien. Llevo aquí ya tiempo y me avalan...

—Sé cuánto tiempo lleva usted aquí, señorita Medina. —Su voz se había vuelto grave de repente y la sonrisa se deslizó de sus labios hasta desaparecer por completo—. Conozco con detalle todos sus... avales.

Elena reprimió un escalofrío. Empezaba a asustarse de verdad. Aquí había gato encerrado. Si no fuera porque era una persona realista y poco dada a aprensiones estúpidas, el estilo chulesco y las estudiadas gafas de sol de este tío le pondrían de los nervios. Bueno, sí, se estaba poniendo nerviosa. Apretó los labios, palideció y se quedó callada, entrelazando las manos sobre la mesa.

—No se asuste, no pretendo intimidarla. —Absorbió con fluidez el humo del cigarrillo y lo expulsó enérgicamente mientras seguía hablando—. Pero necesitamos a alguien que haga bien su trabajo, a conciencia, y no queremos gente... —se detuvo como buscando la palabra— con poco carácter.

—Pues me está intimidando, señor Alcalá —confesó ella.

Gabriel se inclinó sobre la mesa en busca de un cenicero. Elena sacó uno del archivador vacío donde guardaba el bolso y se lo puso delante. El hombre alzó las cejas en una parodia de sorpresa.

—No da la sensación de estar todo lo intimidada que debiera... señorita Medina. —Nuevamente esa extraña vacilación al pronunciar su apellido, como si le costara esfuerzo, y también la sonrisa—. Por eso, si accede a hacer el trabajo que le traigo, mi cliente y yo le pagaremos el doble de su tarifa habitual.

Elena volvió a envararse, claramente asustada ya.

—No es necesario pagar el doble de mi tarifa. ¿Qué problema hay cuando se anda con tantas precauciones?

Extendió las manos sobre la mesa, como dispuesta a incorporarse y echar a correr. Sentía una gota de sudor deslizarse entre los omoplatos y bajar por su espalda. Estaba alarmada de verdad, y cada vez más. Gabriel Alcalá se quitó las gafas con un ademán pausado, como todos los movimientos de los que había hecho gala hasta ese momento. Fijó en ella su mirada, vacía de expresión, casi inhumana.

—Necesitamos absoluta confidencialidad, señorita Medina. Y eso, como casi todo en la vida, tiene un precio.

—No peritamos artículos robados —contestó Elena con sequedad, sin tenerlas todas consigo.

—No son robados. Pero podrían serlo si alguien supiera dónde están. Y créame que intentarían sustraerlos si se supiera. Tampoco tenemos interés en que nadie sepa de dónde salen cuando los saquemos al mercado. Éstas son las especificaciones de mi cliente. Y antes de seguir hablando con usted quiero saber si se respetarán. No le pido el silencio habitual, sino algo más.

Elena se dejó caer sobre el respaldo de su sillón. Acabáramos. Un coleccionista raro. Esto sí que era terreno conocido para ella. Sonrió ligeramente, sin apenas separar los labios, con esa sonrisa de Mona Lisa que había desarrollado a lo largo de tanto tiempo en pugna con clientes difíciles. Volvió a incorporarse, se remangó la camisa y cogió el bolígrafo para apuntar en su bloc.

—Veamos, señor Alcalá. Comprendo la necesidad de discreción de su cliente. Supongo que si mi jefe le trajo a mi despacho será porque le explicaría que yo soy la encargada de la sección de peritajes «delicados», por llamarlos de alguna manera. Pero antes de nada tengo que advertirle que si descubro algún objeto sospechoso, lo pondré en conocimiento de la autoridad competente. Somos una empresa seria, y si su cliente tiene algún objeto cuyo origen no puede explicar, mejor que lo aclaremos por anticipado y, por supuesto, que no me lo muestre siquiera. Necesitaré la documentación completa de cada objeto, y si no me la pueden suministrar, lo declararé así en mi informe. ¿Comprende usted?

Gabriel sonrió de nuevo, pero fue prácticamente un flash de dientes exageradamente blancos. Elena pensó de repente en qué buen dentista tendría, para fumar como lo hacía, de forma continua, y no tener ni una ligera mancha en los dientes.

—No encontrará nada ni lejanamente delictivo en mi cliente, señorita Medina —aseguró con un extraño tono lleno de dulzura.

No supo cómo lo había hecho. Elena se le quedó mirando fuera de juego. Gabriel Alcalá había cambiado sus maneras intimidantes y ahora mostraba un aspecto dócil e inocente. Casi

como si intentara inspirarle confianza. Suspiró con fuerza, pero sonó casi como un bufido.

—¿Es usted abogado, señor Alcalá?

Él enarcó las cejas exageradamente, aunque de forma elegante.

—Eso es una pregunta personal. —El tono burlón volvió, aunque suavizado por una tenue sonrisa—. ¿No cree, señorita... Elena?

—No es una pregunta personal. Tengo la sensación de que está usted jugando conmigo a algo y no entiendo muy bien a qué. Se me había ocurrido que se comporta usted así por su profesión. No me gustaría ser testigo en ningún juicio con usted enfrente.

La risa franca que salió de la boca del hombre terminó de despistarla por completo. Y la mirada directa y sincera, también.

—Sí, soy abogado. Y puede estar segura de que no estaría usted cómoda conmigo enfrente en casi ninguna parte.

—Me ha investigado usted a conciencia, ¿verdad? —susurró, mas que preguntó en voz alta.

Gabriel Alcalá asintió lentamente.

—Luego entiendo que su cliente es: a) muy importante para usted, y b), tiene algo realmente bueno.

Alcalá volvió a sonreír, pero esta vez con su habitual parsimonia.

—Ha acertado usted en las dos cosas, señorita Elena. Pero no es un objeto aislado. Son muchos.

Elena espiró el aire de golpe. Ahora ya le empezaban a cuadrar algunas cosas. Olfateaba el dinero y el negocio. Se puso seria y miró al abogado con interés.

—No hay problema con la confidencialidad. Si me ha investigado sabrá ya qué trabajos he hecho y en qué condiciones. Su cliente no tiene nada que temer. Y si tiene algo *realmente* bueno —Elena sonrió, casi lamiendo el «realmente»—, estaré encantada de ayudarles en todo el proceso.

Gabriel también sonrió como si se relamiera.

—Tengo un par de documentos que quiero que firme antes de entrar en materia.

Elena se encogió de hombros.

—No son necesarios, nuestra empresa garantiza...

El abogado la cortó con brusquedad, pero en un tono de voz bajo.

—Firmará esos documentos si quiere el trabajo.

Elena inició una protesta pero Gabriel Alcalá sacó de su chaqueta tres fotografías y se las puso delante.

No pudo decir una palabra y juraría que hasta se le dilataron las pupilas. Había una virgen de madera policromada del siglo XII, quizás de un poco antes incluso, en perfecto estado, una pesada hebilla de bronce visigoda, con gemas incrustadas y de un trabajo

realmente exquisito y un collar inca de oro puro que la dejó sin aliento.

Levantó el rostro, pero no pudo articular ni una palabra.

Jamás había tenido entre manos nada así.

El señor Alcalá, satisfecho, recogió las fotografías con sus pálidas manos de uñas ligeramente azuladas y las guardó, sin dejar de mirar a Elena con su dulce sonrisa y sus hoyuelos.

Ella carraspeó.

—Creo que está empezando a entender a qué me refiero, señorita Medina.

La joven asintió con timidez.

—¿Está seguro de que tiene documentación sobre esos... objetos?

Gabriel Alcalá desechó la idea con un ademán de la mano.

—La mayoría tienen documentos actualizados. Otros, como estos que ha visto, dependen de documentos antiguos para poder ratificar su legalidad. Esos objetos tendrá usted que peritarlos junto con sus documentos originales para poder legalizarlos como es debido. Eso sería también parte de su trabajo. Sé que ha trabajado con documentos antiguos y entiende del tema.

Elena volvió a asentir mientras recuperaba poco a poco el habla. Ya no estaba asustada, sencillamente sentía una excitación casi sexual. Ésta podía ser la oportunidad profesional que llevaba esperando durante tanto tiempo. Después de esto, con el prestigio que adquiriría, podría independizarse y fundar su propia empresa. Casi no le entraba el aire en los pulmones de la impresión.

Gabriel Alcalá parecía haberle leído el pensamiento.

—Es una ocasión única para usted, como se habrá dado cuenta. Y espero que no ponga a su jefe en antecedentes. ¿Está de acuerdo?

La interpelada tragó saliva y apenas pudo musitar:

—Sí.

—¿Firmará los documentos entonces?

Elena repitió, temblándole la voz:

—Sí.

—Muy bien. —Gabriel se levantó de su asiento con un movimiento fluido, casi líquido, y se abrochó la chaqueta con la misma soltura—. Mañana la veré a las ocho en mi despacho. Dejaré las instrucciones a la secretaria. No es necesario que se preocupe de su jefe, ya me pondré de acuerdo yo con él en todo lo que haga falta para contratar sus servicios. Ahora váyase a casa y empiece a preparar una maleta.

—Pero...

El abogado volvió a cortarla y clavó sus ojos vacíos con firmeza en los suyos.

—¿Está usted interesada o no?

—Sí, pero... tengo otros asuntos que terminar...

Gabriel Alcalá le tendió la mano para despedirse.

—No se preocupe. Su jefe los terminará encantado por usted, créame.

Volvió a sonreír y se marchó, dejando la puerta cerrada al salir.

Elena se dejó caer en el sillón, anonadada.

Menuda locura.

Y qué manos tan frías. Se estremeció. La piel parecía casi de cera a su contacto.

Justo después de que el hombre saliera por la puerta sintió un peso en el pecho, como si algo muy pesado se le hubiera caído encima. Luchó por respirar y rompió a sudar, hasta sentir cómo se le empapaban las sienes. Tenía miedo.

Pero por otro lado no volvería a presentársele otra oportunidad como ésta. Tenía suficiente experiencia como para saber que el mundo del arte rozaba frecuentemente el del hampa y que las actividades delictivas estaban a la orden del día, pero no sabía porqué, creía realmente que no era ese el problema. No era esa la razón de su miedo.

Le asustaba el abogado.

Jamás se había enfrentado a una persona que le causara un temor físico tan intenso. Había sido consciente de cómo la miraba detrás de las gafas oscuras pese a no haber visto sus ojos y también se había dado cuenta de que se las había puesto precisamente para eso.

¿Por qué se le habría acercado en el bar? ¿Por qué había hecho tantos esfuerzos por asustarla? ¿Por qué a pesar de todo había dicho que sí? ¿Y por qué le creía cuando decía que no había ningún delito detrás de su propuesta?

La cabeza le zumbaba como una máquina. Casi podía oír el ruido que hacían las neuronas al intercambiar fieros chispazos eléctricos. Si seguía así, sólo conseguiría agarrar una buena jaqueca. Estiró las manos sobre la mesa, con los dedos bien extendidos, y aspiró y espiró el aire lentamente, hasta que el corazón frenó un poco los latidos salvajes que la atronaban en la oficina de pronto silenciosa.

Era libre de decir que no. El negocio no estaba cerrado y si se ponía terca con su jefe, éste no la obligaría. Sabía que si la echaba, la competencia la acogería con alegría. Tenía prestigio en su gremio, adquirido por trabajar duro y en condiciones difíciles. Podía negarse, claro que sí.

Sin embargo... ¿qué ocurriría si le daban esta oportunidad a otro y salía bien? Jamás podría perdonárselo. Estaba atrapada. Si era su gran oportunidad, y el abogado sabía perfectamente que sí lo era, no podía decir que no.

El corazón se le volvió a acelerar y una nueva ola de sudor fluyó por todos sus poros hasta mojarle las raíces del cabello. Se levantó y se asomó a la ventana. Afuera continuaba diluviando sobre las sucias calles de Madrid. Deslizó las yemas de los dedos

por el nacimiento del pelo y se masajeó con cuidado el cuero cabelludo.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Intentar alguna investigación discreta sobre este individuo? Había dejado su elegante tarjeta de visita encima de la mesa. Elena se abalanzó sobre ella como un naufrago sobre la única tabla de salvación y conectó el ordenador frenéticamente. Venga, vamos, arranca de una vez, maldito trasto.

Dio un golpe al monitor. Google, por fin. Tecleó de forma apresurada el nombre pero lo escribió mal y los resultados correspondían a las webs de los pueblos de Alcalá de Henares, Alcalá de Guadaíra y Alcalá de los Gazules. Por el amor de Dios, Elena, serénate, hija.

Cogió la tarjeta y la alzó entre sus dedos para mirarla bien. Gabriel Alcalá de la Moneda y Barrientos. Joder, vaya apellido. Ni que fuera un aristócrata. De pronto volvió a su mente el traje negro caro, como de Armani, y se dio un golpe en la frente. Nada de como de Armani, jese traje era de Armani! La tarjeta era de cartulina gruesa, con el papel texturado, y los trazos del nombre y el teléfono estaban grabados en exquisitas letras doradas.

Volvió sobre el teclado y esta vez pulsó las letras despacio y con cuidado. Primero salieron varias entradas de universidades extranjeras con un nombre parecido al del abogado, pero correspondían a un famoso bioquímico que actualmente se había mudado a Madrid para trabajar en una fundación privada. Especialidad, estudios sobre el cáncer. Un artículo de una revista médica con términos imposibles de comprender y una mención laudatoria en un artículo sobre nuevas vías de investigación dedicadas a una extraña enfermedad de la sangre.

Siguió buscando entradas. Tuvo que pasar a la siguiente pantalla hasta que lo encontró. Abogado, bufete prestigioso en la Gran Vía, justo al lado de todos los bancos. Luego una entrada en la web del Colegio de Abogados de Madrid donde se celebraba el cincuenta aniversario del bufete, primero llevado por D. Luis Barrientos, luego por un tal Andrés, hijo del primero, y ahora por su sobrino, que seguía las tradiciones instauradas por su famoso antecesor, blabla, blabla. Gabriel Alcalá de la Moneda. El mismo.

No era un aristócrata, pero a los efectos daba igual. Con ese apellido seguramente estaría emparentado con alguno. No había nada más en la web. Mentira, algunas pantallas más adelante un BOE con una mención a una gestión inmobiliaria realizada por el abogado. Y luego una sentencia judicial a favor de un tal Luis Gutiérrez de Mendoza sobre la posesión de unas obras de arte.

Bueno, bueno. Así que era eso. A lo mejor esto entraba en sus especialidades. Guardó los documentos en el disco duro y se retrepó en el sillón mientras pensaba furiosamente, pellizcándose el labio inferior. Si su especialidad era cuestiones de patrimonio, qué raro no haber oído hablar de él antes.

Se sintió algo menos asustada pero no más segura. Estaba pensando qué hacer a continuación cuando la puerta se abrió de pronto y Sofía entró deprisa y cerró la puerta a su espalda de un golpe.

—Joder, Elena, casi me meo cuando me dirigió la palabra el colega ese que ha venido... Guaauuuuu...

Sofía era una chica muy alta, con unas piernas larguísimas, preciosas y un culo pequeño, respingón y apretado por el que Elena habría dado su vida. Y no digamos por su cara. Un rostro perfecto, algo anguloso, como se llevaba ahora, con unos ojos oscuros de infarto y un pelo negro azabache que casi seguro se teñía. Pero daba igual que fuera teñido, era insoportablemente guapa. Debería ser una arpía sin cerebro o al menos ser torpe, pero no era así. Encima era encantadora, una secretaria de las insustituibles y casi su mejor amiga.

—¡Chiist, por Dios, Sofía, que te va a oír!

Sofía se dejó caer en la silla donde antes había estado sentado el abogado.

—Qué va, si se ha ido... por eso estoy aquí. Venga, y ahora cuéntamelo todo enterito sin faltar detalle, ¿eh?

Antes de que Elena pronunciara una palabra, de pronto Sofía saltó como si el sillón le hubiera dado una descarga eléctrica y pegó la nariz al respaldo.

—Ay, madre, si ya decía yo, es Acqua di Giò, mi perfume favorito... ¡Qué tío, pero qué bueno está! Cuenta ya, que me va a dar algo.

Elena no pudo evitar la carcajada.

—Hay que ver cómo te pones, hija, pero si es un cliente... vamos, que no ha venido a ligar.

—Sí, ya, déjate de tonterías, y además le has dejado fumar, verás como lo huele el jefe...

Apenas había terminado la frase se abrió la puerta y la cabeza de Adrián Ceballos se quedó enmarcada entre los dos listones de madera. Se dirigió a Sofía con gesto resignado.

—Te estaba buscando, no sé dónde te metes siempre que te busco. Te he dicho que no dejes la puerta sola, que da muy mala sensación y que estés pendiente por si me haces falta y tú nada, a lo tuyo.

Sofía, aún de espaldas a la puerta, puso los ojos en blanco e hizo una extraña mueca con la boca. Elena tuvo que contenerse para no echarse a reír. La chica se levantó con ademán remilgado y batiendo sus pestañas pintadas con una dosis generosa de máscara miró al jefe con aspecto totalmente inocente.

—He venido a pedirle una cosa a Elena, jefe... ya sabe... cosas de mujeres.

Adrián puso una cara de auténtico fastidio.

—Pues date prisa, que no te pago para que vaguees. Elena, pásate a mi despacho que tenemos que hablar, después de darle a

ésta lo que te haya pedido. —Casi sin terminar cerró de un portazo y oyeron sus pasos alejarse por el pasillo.

Sofía se volvió y le guiñó un ojo a Elena.

—Jopé, no ha dicho nada del tabaco, qué se traerá entre manos... Y tú por esta vez te me escapás, pero a la hora de comer me lo cuentas todito, ¿está claro?

—Pero si tengo que ir a lo de los Roldán, Sofía, ¿no te acuerdas?

—Vaya, qué mala suerte. —Se cruzó de brazos y dio un taconazo en el suelo, contrariada—. Bueno, ya te pillaré, no te me escapás. Menudo tío, qué cuerpazo y qué estilo... uffffff.

Se estremeció exageradamente y con otro guiño y una sonrisa salió de la oficina dejando la puerta abierta.

Elena suspiró. Había dejado de sudar, pero tenía la camisa pegada en las axilas, dos horribles círculos de sudor, la falda arrugada. También se le habían salido dos mechones del moño prieto con el que recogía su rebelde pelo rizado. Se lo soltó y lo volvió a componer como mejor pudo. Al menos ya no le bailaban los mechones por la cara.

Amontonó el cuaderno de notas, la agenda, el móvil, que puso en vibrador, y paseó la mirada por el escritorio buscando que más podía necesitar. Ah, sí, su pluma de la suerte, seguro que le haría falta.

Al mirar al ordenador aún mostraba la web del Colegio de Abogados de Madrid, pero de pronto desapareció, sustituida en el salvapantallas por una foto de una playa del Caribe.

Lo apagó y salió del despacho cerrando con cuidado.